

Los que hay detrás.

En el proceso Rull hubo ayer dos declaraciones importantes, emocionantes, sensacionales: la de Tresols y la de Memento. Uno y otro estuvieron terminados, firmes, en acusar a Juan Rull y a su banda de autores de los hechos criminales que han aterrorizado a Barcelona durante tanto tiempo. Uno de ellos llegó a sostener que la madre de Rull llevó en una cesta la bomba que estalló el 8 de Abril. Y cuando en el público se produjo cierto movimiento de hilaridad por determinados detalles de su declaración, Memento exclamó: «No hay que reírse. Eso ha costado mucha sangre en Barcelona.»

Pero aun de más trascendencia que todo eso, siendo muy importante y muy grave, es lo que dijo Tresols, causando enorme emoción en el público, emoción que hoy se habrá transmitido a toda España. Tresols afirmó que iba a decir toda la verdad, aunque le costase el destino. Y extendiendo su brazo acusador más allá de los que se sientan en el banquillo, destrozó una especie de tal gravado, que no sabemos como fiscal, magistrados, abogados de la acción pública y privada y aun el mismo público no pidieron, con unánime clamoreo, que se consignasen sus palabras en el acta del juicio para cumplir las responsabilidades de esta causa célebre.

«Ahí no están todos los culpables. Hay otros detrás.» Luego se le hicieron preguntas tímidas y prudentes para que el interrogatorio concretase su cargo. Luego se le interrogó por el letrado Sr. Trias si se refería a cierta persona de privilegiada y respetable posición social en Barcelona. Luego pareció desvanecerse el efecto de tan rotunda acusación al no acompañar nombres al ataque. Luego el fiscal se detuvo ante el misterio y el presidente se dio por satisfecho. No importa. Por encima de todo, en el ambiente de ese proceso flotaban, terribles y amenazadoras, las palabras de Tresols, que por razón de sus funciones, debe saber mucho más de lo que ha dicho. Y si no lo sabe, no tiene derecho para sembrar tales dudas y recelos.

Hay otros detrás de los procesados, otros más altos, otros cuyo nombre a la justicia y a la opinión les importa averiguar. ¿Para cuándo quedan las informaciones suplementarias? ¿Para cuándo completar el sumario en persecución de toda la verdad y sin perjuicio de condenar a Juan Rull y consortes? ¿Es que en una causa de esta índole puede detenerse la justicia ante nada ni ante nadie? ¿Es que hay miedo de llegar al fondo, al negro fondo del infame terrorismo?

Mucho más perjudicial al interés público es el secreto que la publicidad, las tinieblas que la luz, la caiga el que caiga y averigüese lo que se averigüe. Si esa sospecha queda en pie sin que la justicia tome nota de ella y obre en consecuencia, toda Barcelona puede resultar en entredicho y no salvarse nadie del recelo, de la zafra de las gentes. Y por el honor de la ciudad es preciso que todo, absolutamente todo, se aclare.

De otra suerte, se producirá una serie de daños, que vamos a exponer sumariamente a la consideración y al buen sentido del público. En primer término favorece a Rull y a su banda, en vez de perjudicándose con esa coetilla la gravedad de tales cargos. Si no están todos los culpables en el banquillo; si detrás de ellos, en las sombras, en la impunidad, están otras personas más altas y considerables, ¿con qué derecho y razón se va a aplicar el más intenso rigor del Código a Juan Rull y sus cómplices? ¿Deben aparecer esas personas, o imponerse perpetuo silencio al que las acusa? ¿Deben ir a la Audiencia los seres, más o menos fantásticos, que tejieron este embrollo judicial, o no se puede aplicar la pena de muerte a los simples instrumentos, viles y miserables, pero instrumentos del pensamiento y voluntad criminal.

Nosotros no nos explicamos que el digno fiscal de Barcelona, el que actúa en esta causa, permaneciese inerte ante las declaraciones de Tresols. Su obligación, para eso es acusador público, lo incitaba con incitaciones irrenunciables a pedir en aquel punto y hora una información suplementaria. Infelizmente, no lo ha hecho, y es incomprendible su deficiencia; pero aun puede encontrarse remedio a su falta en los jueces de derecho y en los jueces de hecho. Por todo se puede pasar menos porque la justicia resulta vencida o impotente en ese terrible duelo con el misterioso terrorismo. Ahora que el Jurado da bravas muestras de su civismo, no se debe quedar a la mitad del camino, armatudo de las responsabilidades que surgen en ese proceso.

O Tresols es un calumniador, un novelista, un obsesionado por razón del oficio, que ve visiones y cree en duendes y brujas, o Tresols sabe muchísimo más de lo que dice y viene obligado a declararlo todo, a no ocultar nada. Existe a su favor el indicio de que nunca se ha equivocado; el indicio de que él ha visto algo desde el primer momento; el indicio de que ha compuesto una Memoria notable, en la que se estampaban ya las que ahora parecen sorpresas y revelaciones; el indicio de que, mientras tres gobernadores se contentaban a esa granjería confidente, él la acusaba de explotar indignamente la buena fe de las autoridades.

Porque en esta causa hay algo muy doloroso, algo que acusa un desequilibrio social imperdonable, algo que resulta una falta cometida con la mejor intención del mundo, pero de tristes consecuencias, y es el hecho de que durante años haya sido posible la explotación de la industria horrible del terrorismo. Y en esa falta aparecen complicados personajes de la Defensa social de Barcelona y hasta autoridades de Barcelona, todos muy dignos e intachables, pero todos tam-

bién muy equivocados. Sin su coherencia no hubieran estallado tantas bombas.

Si a eso hubiera de agregarse el que quedara sin esclarecimiento ninguno la acusación de Tresols, habría que desespelar de la eficacia de la justicia en Barcelona. Por dignidad nacional, por el supremo interés público, es necesario que los que hay detrás surjan delante y en primera línea, o que se desvanezca semejante especie de inmensa gravedad.

PELE-MELE

La Correspondencia Continental, de Berlín, dedica el siguiente responso al alma literaria de Fastenrath:

«Ha muerto en Colonia el alemán-español D. Juan Fastenrath, cuya memoria no quedará perdurable en los anales literarios; pero que con su deporte de acercar los escritores españoles al conocimiento de los alemanes consiguió desmesurada fama. Era el hombre de los calificativos hispanos corrientes entre los periodistas. Prodigaba el empuje, el distinguído, el inmortal, etc., como agua Manchada de la Península; se oren que, gracias a Fastenrath, son tan conocidos como el Kaiser. ¡Están frescos!»

Lleva razón la revista berlinesa. Pero bien pudo añadir que el buen Fastenrath no cobraba por adjetivar. En París hay quienes hacen otro tanto que Fastenrath en punto a esas aproximaciones de escritores españoles al conocimiento de los franceses; pero no dan puntada sin hilo, resultando maestros en el arte de saquear variedades literarias.

Como antaño, el asunto Zola ha vuelto tumbado a muchos. El anciano conde de Mun, de la Academia, en un arranque lírico exclamaba:

«Ma Duliné! Mon amié!
El cajista imprimió mon amé,
Y el conde resultó amando, como un cede, en las postimeritas de la vida.»

Pero los amores soniles que dan más compasión son los de Rochefort. Alucinado el ingenio, Rochefort ha descubierto que, no sólo se pagaron 50.000 francos a Zola por firmar el «Yo acusó», sino que a él, a Rochefort, le ofrecieron 200.000 francos por que firmase dicho documento.

Esta declaración parece, a primera vista, un síntoma de vanidad senil; pero, bien al contrario, expresa una gran modestia. Rochefort se coloca involuntariamente en el rango de ciertas desgraciadas a quienes todo el mundo tiene derecho a ofrecerles un duro.

El Echo de Paris, reseñando la salida de una Asamblea antizoolista:

«Do repente se oyen gritos, gritos violentos, calurosos. ¡Aparece Maurice Barrés! Miles de personas le forman escolta. Barrés y sus amigos se extienden hacia él. Queriendo eludir las manifestaciones de entusiasmo, Maurice Barrés se metió en un estómago democrático; pero la multitud siguió el vehemente y hubo que traer la guardia para que escoltase el coche, como si fuese la carroza presidencial.»

El general Zurlinden ha referido que la Academia rechazó el legado de 100.000 francos que le hizo una francesa, la Sr. Leclerc, fallecida en Nueva York, porque el legado contenía la cláusula de que los 100.000 francos se destinan a elevar el nivel moral de Francia, actualmente tan bajo.

Y eso que el legatario no pudo presenciar la apoteosis del presidente Barrés...
A POLO
BENEFICIO DE PILAR PEREZ

La gentilísima y aplaudida artista celebró anoche su *serata d'onore*.

En todas las obras, aun en la estrenada sin fortuna, el público manifestó sus grandes simpatías por la Srta. Pilar Pérez, aplaudiendo con entusiasmo y con brío. Después de una exitosa recepción recibió muchos obsequios, y necesario fué distribuir por los pasillos del escenario las numerosas corbeltas de flores que no cabían en el camarín.

Entre muchos valiosos regalos vimos que, para manifestar la admiración a las actrices, se inicia una moda verdaderamente práctica, y que beneficiadas como beneficiados accogieron con entusiasmo indiscutible.

Sobre una linda mesita, en elegantes platos y bandejas artísticas, aparecían muchos platos de repostería, billetes del Banco de España, y desmenuzados pavo real, por acá, y ceneras por allá; parecía el escaparate de una gran casa de cambio. ¡Cuánto or...! Dios se lo aumente a la bella tipa, y sea enhorabuena.

Con el título de *La dama roja*, los señores Pont y Sotillo presentaron anoche en Apolo una zarzuela.

Es su primera producción, y no hemos de ser severos al juzgarla. Llevan al teatro los Sres. Sotillo y Pont, aunque algo antañonado, un propósito noble y limpio.

Alguna languidez en el desarrollo despertó la impaciencia del público, y luego supimos que a las primeras escenas los jóvenes autores habían abandonado el teatro.

Habían mal. Esa es el aprendizaje, y muy provechosa la lección del público cuando señala los desajustes y el declinamiento de las obras. La maña jornada no ha de entibiar el entusiasmo de los Sres. Pont y Sotillo, y tengan en cuenta que alguna parte de responsabilidad en el contratiempo pudiera corresponder a los artistas encargados de la ejecución, aunque sirva de disculpa a sus errores la falta de costumbre por el género serio y del énfasis que exige una mediana encarnación del gran D. Juan de Austria y de los valerosos capitanes que lo acompañaron a los Países Bajos.

Con el título cayó una partitura del ilustre maestro Chapí.
A otra, pues, Sres. Sotillo y Pont.
S.-A.



«Querido amigo Carmona: No comiences tu persona por hoy y así capitan. ¡Si así está Barcelona, también Madrid está mal! Creyó el alcalde preciso removernos todo el piso de las céntricas barriadas, y está Madrid (¿el lo quisol?) enjulado de barriadas.»

Desiste de tu excursión, pues aquí no sólo dentro del Congreso hay obstrucción; la hay en las calles del centro de esta febril población.

¡Y qué obstrucción, Virgen Santa! Piedras y tierra en montones! No dices, aunque esto españa, de que Madrid se levanta, como hizo en mil ocasiones.

Merced a un mandato cruel, Madrid es hoy un poblado cuyo piso desquiciado está mudando la piel, mejor dicho, el empedrado. Y como al aire se ven los rieles de los tranvías, la población estos días es una dama con enfermades en las vías.

Andar por estos lugares es como andar entre riesgos. ¡No sabes cuántos peares da el vivir entre millares de equis y levantiscol!

A lo mejor ves la acera cruzada por un volquete de adobe, y ¡merced! los descargas de mástera que a cualquiera bompromete, pues aunque a su lado estás, al montón de dos en dos los tira, ó de tres en tres, y no te aplasta los pies por un milagro de Dios.

Hay de ellos tal cantidad, que andar por esta ciudad al más valiente le arredra, y morir de mal de piedra es muy duro, la verdad.

No, no te muevas de ahí, pues así está la corte así. Y una piedra ha de matarte, qué diablos podes importarte que no haya bombas aquí?

Y no basta ligereza, pues junto a un hoyo profundo tu pie en un montón tropieza... ¡Y pillé, te caes de cabeza y te vas al otro mundo.

Debes tu viejo aplazar. ¿Que qué año se han de acabar las obras? Yo no lo sé. Cuando haya donde pisar, entonces te avisaré.»

Juan PÉREZ ZUÑIGA.

LAS NOVELAS DE LA VIDA

Un burlador electrocutado.

En Auburn ha sido electrocutado Chester Gillette, mozo rumboso y galanteador, sobrio de un riquísimo fabricante que tenía ocupadas en su fábrica a muy gentiles y hermosas mujeres.

La posición de Gillette le permitía cortejar con fáciles triunfos a las muchachas obreras, y prevalido de su poder no solía contentarse ante las resistencias femeninas, como no fueran tenaces e irreducibles.

Hace poco tiempo asedió a una bellísima joven, señorita Grace Brown, jornalera de la fábrica del tío. Después de insistentes negativas de la cortejada a contrar sus relaciones amorosas en que Gillette no se allanaría a salvar con el matrimonio las diferencias de fortuna y de categoría social que lo separaban de Grace Brown, ésta, rendida ante la generosa promesa de que su pretendiente sería su marido, accedió a llamarse su novia, aunque en ella se enseñara la maledicencia de las gentes.

Gillette no tardó mucho en lograr el desfalco de la pudorosa virtud de Grace, a quien reiteró siempre la palabra empeñada de unirse con ella de por vida.

Pasados los primeros desfogos, Chester Gillette olvidó sus compromisos; pero Grace le dirigió cartas amorosas, primero; de reproche por su conducta, después; de súplica para que repusese la deshonra causada, últimamente. El silencio del fiscal le obligó a visitarle en ocasión en que flirteaba con otra joven de su rango, rica y de gran belleza. Gillette volvió como pudo a la escena que se iba a desarrollar, e interrumpiendo su coloquio con la última de sus conquistas reconoció la razón de Grace Brown y la invitó a pasar unos días a su lado en la Sierra de Adirondack.

Allí volvieron a ser íntimas las relaciones amorosas de Grace y de Chester. Pero Gillette, después de haber pescado en bote con su amada por un lago, desapareció, y las autoridades hubieron de hallar el cadáver de ésta, tumbado y flotando sobre las aguas, a alguna distancia de la embarcación, que había zozobrado.

Detenido Gillette, dijo que Grace se había arrojado al fondo, y que él no pudo salvarla. Las investigaciones judiciales aclararon los hechos, porque el juez y los jurados que condenaron a muerte a Gillette encontraron entre sus papeles las cartas de Grace, tan interesantes, tan conmovedoras, que hicieron derramar lágrimas a los representantes de la justicia.

El burlador de Grace negó siempre que hubiese cometido el delito que se le imputaba. Mas al ser llevado al lugar de la electrocución confesó de plano, diciendo que había matado a golpes con una raqueta a la engeñada Grace.

EL TÈ DE GOBERNACION

Se celebró anoche, como estaba anunciado. La fiesta se pareció al estable de Administración local en una cosa: en que siendo del ministerio de la Gobernación, hizo los honores el presidente del Consejo, que da los tés y defiende los proyectos que corresponden al ministro.

En tanto que se celebraba el té, que estuvo muy concurrido y en el que se agasajó espléndidamente a senadores y diputados de la mayoría, éstos discurren por las rebozadas estancias alabando las obras de albañilería y decorado que se han hecho por iniciativa de los actuales gobernantes.

A falta de buenas obras políticas hay que contentarse con los materiales de transformación y adorno. Algo es algo. También hay que anotar, respecto de la noche pasada, que

durante ella funcionó la censura para evitar que se transmitiese a provincias el suceso de ayer, del que dió cuenta únicamente el HERALDO en su última edición.

El suceso conato no tenía por qué alarmar, pero impidiendo su referencia acaso pudo hacer sospechar en provincias que tenía verdadero alcance, en que la censura sin discreción es la mayor y más temible de las indiscreciones.

A las doce de la noche terminó el té de Gobernación. Los senadores y diputados adictos estrecharon la mano de su jefe, y el Sr. La Cierva estuvo toda la noche al paso.

La caricatura en el Extranjero.



El anarquista español. — Si esto continúa, bien pronto podré comprar papel del Estado. ¡No doy abasto a cumplir los encargos que me hace la policía!

Le Rire, Paris.

ARTE Y ARTISTAS

Exposición de Bellas Artes.—El Jurado.

La amable tertulia del Círculo de Bellas Artes está llamada una vez más a señalar el derrotero artístico de la Pintura y la Escultura en España y a resolver respecto del nombre y porvenir de muchos artistas españoles.

Alta es la misión confiada al Tribunal, y yo felicito a cuantos lo componen, como felicitó siempre a todo el que se encuentra al frente de un puesto de honor no exento de riesgos y graves responsabilidades.

Si la augusta investidura suele resultar gratísima cuando a ella se llega por un gran movimiento de opinión.

Cierto que de la masa electoral, manejadora del cotarro, y digo cotarro no encontrando frase de más adecuada elegancia, no es cosa de decir que pueda llevarnos en pos de un ideal tan espiritualista como el reflejado en un soberbio grupo escultórico que acrecentó el nombre de Bary.

Pero ya que no es espiritualista, el propósito electorero, cuando menos, guasoncillo sí que lo es.

Un último puesto de los jurados suplentes se ha reservado al juicio sereno, vital y educadísimo de Muñoz Degraín, para la Sección de Pintura.

En último lugar de los suplentes aparece también un tal Mariano Benlliure, que habrá de consolarse de tan modesta categoría haciendo monumentos y trabajos importantes sin cesar y edificando en varios puntos de Madrid y su provincia para vivir en casa propia y llorar sin que se enteren los veedores por verse en el último peldaño de esta calificación sufragista.

En resumen: ya verán ustedes qué risa, principalmente para el presidente de la Sección de Pintura, que suponemos será el Sr. Benlliure por las dos medallas de oro nacionales que posee, y le conceden la superior categoría de la Sección, pues ó sirven ó no sirven para algo las medallas, aunque con el camino emprendido tal vez pronto se llegue a que para nada sirvan.

Pero esto es asunto del porvenir, como también el de la próxima Asamblea de artistas españoles que va siendo ya, a mi juicio, muy necesaria, y de ello hablaremos cuando pase la fiebre de la Exposición; pero desde luego antes que se anuncie la convocatoria para otra.

Exposición Hispanofrancesa de Zaragoza.

Los comisionados de la Sección de Arte contemporáneo, atendiendo al insistente ruego de muchos artistas, ha dispuesto prorrogar el plazo de admisión de obras hasta el día 15 del mes corriente.

También ha suprimido los derechos de inscripción, proponiéndose modificar en forma ventajosa para los artistas la concesión de recompensas.

Quedan de ello advertidos los pintores y escultores, como también de que será muy interesante el certamen organizado por los simpáticos y queridos aragoneses.

CÓMO SE DESHADE ESPAÑA

Itálica volada con dinamita.

Beneditos mil veces los americanos, los ingleses y los alemanes, que van llevándose nuestras riquezas artísticas y arrapando con ellas pedazos de nuestra patria. Allí al menos, en sus museos, aunque pierdan su carácter y testimonio de que hubo un pueblo que se llamó España.

Vengan, vengan de prisa y acaben pronto el saqueo y salven a escape lo que aun quede en pie y carguen, no sólo con los cuadros, y los bronceos, y los ódicos, y las coronas, sino también con las casas enteras, y las murallas, y los palacios. A poco que se retrasen no habrá ya piedra sobre piedra.

Sepa el mundo civilizado que Itálica, la ciudad romana enterrada bajo el fango del río, la que podrá ser nueva Pompeya, está siendo demolida con la piqueta y volada con la dinamita por los contratistas del Estado, para sacar piedras con que cebar una carretera.

Los sillares de su anfiteatro, la argamasa de sus murallas, las piedras de sus termas, los mosaicos de sus casas, los barro, las monedas, las estatuas, de que está sembrado el suelo, han sido y siguen siendo objeto de comercio, recurso casi único de vida para los habitantes de Santiponce. Una gran parte de aquel género puede alimentar muchos años con sus despojos nuestras miserias.

Allí ha habido, allí hay un enjambre de parásitos que va poco a poco escavando, carbonizando, sacando y destruyendo. Pero, al fin y al cabo, los ingleses iban pasando y salvaban unos de los objetos de más valor.

Un vecino me ha mostrado dos preciosos mosaicos que acaba de descubrir en su casa, a una profundidad de metro y medio. Yo no deseo sino un americano que se los lleve pronto, antes que el continuo raspar de los

muchachos, el tapar y destapar echando tierra y piedras encima (porque un trozo está en la vía pública) acabe de deshacer lo que tantos siglos han conservado milagrosamente.

Pero ahora no se trata de eso; ahora es algo que horroriza y llena de pena y de indignación.

Junto al anfiteatro, entre éste y Santiponce y las termas, hay una colina plantada de olivos, donde está enterrada la vieja ciudad romana. La tierra cubría piadosamente sus restos, y el artista, al vagar por aquellos sembrados, sentía cierta tranquilidad y alivio; lo que sentirían los naturales cuando, al percibir el estruendo de la invasión bárbara, lo daban y apisonaban sus sepulturas y enterraban sus tesoros para librarios de la profanación y la ruina.

Allí había una ciudad sepultada, y así estaba segura, y así debía esperar un día en que España volviera a nacer y se acordara de que antes vivió. Sólo espíritu culto, manos amorosas, habrían debido abrir el sagrario a generaciones preparadas para recibir sus vivificados misterios secretos.

Verdad es que aquello era ya objeto de codicia. Aquí y allá se veían de vez en cuando excavaciones, y los mulos cruzaban las sendas, llevando en sus serenos barro y mármol, y argamasa, arrancados de los viejos palacios, para construir las nuevas miserables, chozas de Santiponce. Pero aun había esperanza, porque la obra era lenta y la fábrica que había que demoler a prueba de piqueta. ¡Quién sabe si aun podía volver otro Sr. Huntington, aquel que nuestro «patriotismo» arrojó, por ser franco, cuando habíamos emprendido seriamente las excavaciones!

Maes aquí que allí cerca se construye una carretera; se saca a subasta el suministro de piedra, y un contratista adquiere la que esconde en sus entrañas el cerro de «Los palacios» (hasta el nombre tradicional)... es decir, la ciudad de Itálica.

Los agentes del Estado han oído que bajo aquella tierra dormía siglos y siglos un trozo de nuestra España, de nuestra España varonil, gloriosa, refinada, y allí los tenéis despedazando a toda prisa esas entrañas. Van sacando pedruzcos y dejando en su lugar la anchura profunda, zanja donde se reposaron; encuentran al paso mosaicos, monedas, capiteles, fustes, cornisas, trozos de esculturas, mármoles labrados... Cuanto es de piedra ó de mármol se hace pedazos y se carga en los mulos; las monedas, los trozos de mosaico, cuando no quedan envueltos en la tierra, esperan a que pase quien quiera comprarlos.

A veces la construcción es toda de mármol ó la argamasa es demasiado dura, y entonces se recurre a la dinamita. Ya había precedentes. Así fué volado, hace años, un trozo del anfiteatro que muestra ahora, ante propios y extraños ojos, las profundas grietas, los enormes desmoronamientos que causó aquella brutal orgía.

«Aquí hemos encontrado—me decía mi acompañante—el cierre de una bóveda. Dé usted con la azada, verá cómo retumba abajo. Pero no podemos con ella. Ésta tendrá que volar con pólvora.»

En vano he intentado hacer de su codicia piedad, diciéndole que en aquella habitación podría haber algo de valor. Ma ha dicho que él ha comprado la piedra, y aquellas dovelas de la bóveda la tienen excelente.

Ha oído eso me acerca y me invita a retirarme. Allí está el ruido de hacer saltar un barril. Unos instantes, un estampido y los fragmentos de un palacio romano caen pesadamente sobre los olivos.

Yo no clamé a los Poderes públicos, que se han declarado extraños a nuestros intereses artísticos cuando la vergonzosa sustracción de los Griegos, ni me importa si hay ó no precepto legal en que apoyar este atentado, porque sé que en los pueblos cultos no se hacen las cosas como mandan las leyes, sino las leyes como requieren las cosas; yo acudo a la España civilizada; yo acudo a Europa, y formulo ante ella la denuncia.

Cuando se trata de que de nuestros tesoros artísticos, como nosotros las naciones víctimas, y al menos basta que las naciones se miren con más cariño y se comprendan, nadie nos protegerá desde fuera; pero cuando se llega a volar con dinamita lo que es patrimonio general de la Humanidad, acaso ha llegado el momento de intentar algo...

Unos pueblos no pueden evitar que otros se suiciden; pero sí que al hacerlo arruinen y quemen y pulvericen la vieja, la recia casa solariega, que es tesoro de todos.

J. CASTILLEJO Y DUARTE.

Sevilla, Abril 908.

EL PARTIDO REPUBLICANO

FOR TELEGAFO DE NUESTRO CORRESPONSAL.

La actitud de Montes Sierra.

Sevilla 3 (11)

En el Centro republicano, y reunidas las Juntas provincial y municipal, el Sr. Montes Sierra ha explicado su actitud dentro de la minoría republicana.

Los acuerdos adoptados fueron sostener la unión, evitando disidencias; deplorar el acuerdo de la minoría relativo a la expulsión de los diputados obstruccionistas; ratificar la opinión de los republicanos de Sevilla, contra el proyecto de Administración, el deseo de que se combata por medios energéticos; aplaudir el manifiesto de los obstruccionistas, y aprobar la conducta del Sr. Montes Sierra. Este sale mañana para Madrid.—El correspondiente.

ECOS DE LONDRES

FOR CABLE DE NUESTRO CORRESPONSAL.

Un lord ceciliasta.—Invencción maravillosa la guerra imposible.

Londres 2 (5,40 t)

El conde de Wemyss ha confirmado que en breve presentará en la Cámara de los Lores, bajo el nombre de un bill pidiendo que toda propiedad privada sea convertida en propiedad colectiva. Con este motivo, el Consejo ejecutivo de la Federación democrática-socialista de Inglaterra ha enviado a lord Wemyss una felicitación entusiasta, que reproduce los periódicos.

Es objeto de pasados comentarios en los Círculos militares de Londres el artículo que en su número de ayer ha publicado la gran revista mensual *Contemporary Review*, firmado por el ilustre conde de Inghelmore sir Giles Simonds y autorizado por el War Office.

Se trata de un artefacto de guerra, con el cual será posible destruir rápidamente ciudades enteras a distancias enormes.

Asegura el coronel que con tal arma sería posible el bombardeo de París desde Londres y que sus efectos son tales, que en cuanto se adopte en los ejércitos la guerra se hará imposible, pues equivaldría al aniquilamiento completo de los beligerantes.—*Leistimoy*.

VISIONES DE VIAJE

Tánger.

Al salir del zoco de Barra—que así se llama el zoco grande—le digo al guía que me enseña una escuela. Desde la calle la veo. ¿Es escuela ó corral? No hay en ella ni mesas, ni carpetas, ni tintoreros, ni plumas; en fin, nada de lo que singulariza una escuela.

El maestro y los alumnos, sentados en rueda en el suelo, vocalizan, con una cartilla en la mano, balanceándose. El domine tiene una cana en la diestra, con la cual, cuando no señala, pega.

La enseñanza en Marruecos—exclusivamente teológica—principia en la escuela ó *yémna* bajo la dirección del *talab*, que enseña al alumno el alfabeto árabe, oral y gramaticalmente. Adquiridas las primeras nociones de fonética, aprende a rezar.

En esto consiste lo que nosotros llamamos *primera enseñanza*. Luego viene la ortografía, que se aprende conforme a un folleto conocido en Oriente por el *yerramia*. Estudiado y comentado de memoria el *yerramia*, el escolar se dedica al *Elifá*, de Bani Mélek, gramática en verso. Estudia luego El-Burda, poema fúnebre equivalente al *Régium* cristiano, famoso por su dición poética y su entonación solemne.

Los conocimientos, amén de los 114 capítulos del *Korán*, en que completa el *elifá*, el gradúan de *talab*, iniciándolo en las más bellas doctrinas del Islamismo, al que se consagra con inquebrantable fe. Toda la ciencia, toda la filosofía, se reduce para él al Código de Mahoma, cuyos preceptos no se atreve a conculcar, porque valdría tanto, en su sentir, como renegar de la tradición musulmana.

«La vida humana—dice un legista árabe—es un grano de arena en comparación del arenal inmenso de la ciencia alcoránica.»

La profesión más lucrativa del Imperio es la de *alfaqí*, sacerdote rural. El es quien más influye en los campesinos; él, quien les sirve de consejero y amonense; él, quien les cura con ruidosos sortilegios; él, quien les enseña a rezar a los chicos; él, quien les circuncida; él, quien en tiempo de peligro les lee las suras del *Korán*, en que se predica la guerra y el aniquilamiento del extranjero; él, quien los escudriña moros con un interminable rosario en el cuello y el *Korán* bajo el brazo, encendiéndose en odio el corazón...

Cada choza (*aima*) le da un plato de comida, y entre todos le compran durante las Pascuas el carnero, el turbante, las babuchas, la ropa. Le dan para casarse la más hermosa doncella del aduar.

«Por qué sorprenderse—dada esta educación puramente clerical—de que no haya en Marruecos ni industria, ni agricultura, ni imprentas, ni libros, ni periódicos? ¿De que el anacoreta devora el comercio y de que el Sultán—Sumo Pontífice—disponga a su talento de la vida y hacienda de sus súbditos embrutecidos? ¿Qué queda de la antigua, brillante, civilización árabe? Superstición y miseria.»

He visto la cárcel. Es una verdadera zahorra, sin una mala claraboya. El espacio de los muros en un postigo, que el preso abre por dentro, asomando la *gaita* como una tortuga.

Visitó el palacio del caid ó gobernador. El caid, echado en el suelo, está administrando justicia. Escribe de derecha a izquierda en un plieguecito tamaño de un papel de fumar, que sostiene en la palma de la mano. Es rubio y usa espejuelos; junto a él, echado también en el suelo, está su secretario.

«Los hombres no pueden entrar—me advirtieron autoritariamente.—»

El año cinco pesetas, y se hace el sueno. Mientras echo una ojeada rápida al suelo—inferior, desde el punto de vista decorativo, a cualquier prostíbulo parisiense—, Zalamitos, inquieto y miedoso, ronzale la calle.

El harén es un patio azul, con azulejos, cuatro pilares y puertercitas verdes. Alrededor hay tres cuartos con tapices y divanes; en una consola, una jarra con violetas.